# MEMORIAS DE VIDA: ALBACETE Y LAS BRIGADAS INTERNACIONALES EN EL RECUERDO DE LOS VOLUNTARIOS DE LA LIBERTAD

Por Manuel REQUENA y
José Manuel PELÁEZ

## PRESENTACIÓN

La exploración de la memoria ha sido una de las nuevas aportaciones de la historiografía contemporánea. La presunta crisis de los denominados grandes discursos ha venido enmarcada por complejos procesos de sectorización que han provocado, amén de otros notables interrogantes, un acelerado regreso al olvidado prisma de lo individual, de lo íntimo, de lo privado. En este retorno a los orígenes, el yo, retratado, psicoanalizado, autobiografiado, en la senda abierta por Proust desde el universo de la literatura, se ha convertido en protagonista de un tipo de "relato vivencial" cuyo modelo constituye la vía real de la llamada historia "oral"[1].

Ensalzada por sus partidarios, criticada por sus detractores, la que es, en palabras de Paul Thompson, "la más nueva y la más antigua forma de hacer historia", permite, por su carácter interdisciplinar, ampliar el conocimiento de áreas escasamente tratadas hasta la fecha: la vida privada, las mentalidades, la historia de las llamadas "gentes sin historia", la historia de los grupos y los movimientos sociales, la historia política y, por supuesto, la biografía en sus distintas faces, fuente a su vez para los diferentes modos de análisis del pasado. Constituido en sujeto autónomo, dotado de voz individualizada, el yo autobiografiado centra su objeto de atención en el retrato personal, en la geografía de los sentimientos, en la silueta difusa del recuerdo, en el propio y complejo archivo de la memoria. La interpretación del pasado, individual y colectivo, surge así como el resultado de un proceso de selección que opera, muy frecuentemente, en función no sólo del grado de conocimiento que el individuo concreto posea acerca del hecho sobre el que se manifiesta, sino también del grado de interés e implicación, personal y emotiva, que tenga en ese mismo hecho histórico[2].

---

[1] Configurada como tal disciplina tras el final de la Segunda Guerra Mundial, la denominada historia "oral" ha generado una abultada bibliografía en todo el mundo. De entre los numerosos títulos de evidente interés, destacaremos, por su carácter básico, las obras de Luisa Passerini, ed., *Storia orale. Vita guotidiana e cultura materiale delle classi subalterne*, Torino, Rosenberg & Sellier, 1978; David K. Dunaway y Willa K. Baum, eds., *Oral History. An Interdisciplinary Anthology*, Nashville, American Association for State and Local History, 1984; Paul Thompson, *La voz del pasado. Historia oral*, Valencia, Alfons el Magnánim, 1988, y Ronal Fraser, *Recuérdalo tu y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, 2 vols. Crítica, *1979*. En nuestro país, la labor desarrollada por Mercedes Vilanova y su equipo de colaboradores desde las páginas de la revista *Historia y Fuente Oral*, y las obras de autores tan dispares como Pilar Folguera, María del Carmen García-Nieto Paris, Alicia Alted o Fernanda Romeu, constituyen una buena muestra del vigor que la historia oral ha adquirido entre nosotros.

[2] BERTAUX, Daniel, "Los relatos de vida en el análisis social", en *Historia y Fuente Oral*, nº 1, 1989, pp. 87 y ss.

Los mecanismos propios de este proceso provocan, naturalmente, distorsiones que condicionan el posible uso tanto de las "historias de vida" como de las mismas autobiografías, y que cuestionan, cuando menos, su propia validez en el aporte de testimonios de primera mano en la investigación historiográfica. La relativa fiabilidad de la memoria individual y colectiva, consecuencia de las propias limitaciones de la memoria humana, la supuesta falta de representatividad de los testimonios y la subjetividad de los mismos se convierten así en los principales problemas con los que tiene que enfrentarse el historiador a la hora de hacer uso de dichas fuentes, amén de excelentes armas en manos de sus críticos[3].

La psicología ha demostrado, ciertamente, que la memoria es indudablemente selectiva, y que sufre omisiones inconscientes o distorsiona los recuerdos, a través del tiempo, por la actuación de factores voluntarios e involuntarios. Pero el estudio del comportamiento de la memoria humana ha demostrado, igualmente, que la selección y, en determinados casos, la supresión de recuerdos ocurre inmediatamente después de haberse producido un hecho o una experiencia -en parte, como medida de seguridad del propio individuo ante posibles lesiones emotivas-, recuperándose con mayor precisión, especialmente los recuerdos de la infancia y de la juventud, en las últimas etapas de la vida. Sobre todo, si se tiene en cuenta el hecho de que las personas de más edad aceptan con mayor sinceridad que los jóvenes, la posibilidad de hablar de su pasado[4].

Se han recogido recuerdos de diversa índole que reflejan una parte de la amplia y compleja personalidad de los internacionales que vinieron como voluntarios a luchar a España en defensa de la República. La mayoría llegaron vinculados a las Brigadas Internacionales, incorporándose durante la contienda civil algunos españoles, como sucedió con Pío de la Asunción; otros se enrolaron por otras vías como Adelina Abramson, intérprete rusa. Falta por reconstruir la trayectoria de los Voluntarios de la Libertad tras su salida de España y por ello se ha incluido el relato de una hija de brigadista, el de María Anastasia Tsackos, como muestra de los muchos desgarros humanos que sufrieron

Los protagonistas procedían de familias obreras y campesinas y la mayoría se educaron en un ambiente familiar de militancia en las organizaciones de izquierdas. Estos llegaron a España con los ideales de transformación social de su juventud. Mientras muchos han borrado de sus recuerdos los aspectos negativos de sus vivencias en España, otros los relatan con cierta precisión lo que pone de manifiesto el "subjetivismo" de la fuente oral y la necesidad de una correcta interpretación de la misma a partir de la trayectoria del personaje y el momento presente.

Los relatos nos aportan una variada información sobre las razones de su

---

[3] FERRAROTTI, Franco, Histoire et histoires de vie, París, Librairie desde Méridiens- Klincksieck, 1983, Cfr., igualmente, Ronald J. GRELE, *Envelopes of Sound: The Art Of Oral History*, Chicago, Precedent, 1985, edic. revisada".

[4] CATANI, Maurizio, "Algunas precisiones sobre el enfoque biográfico oral", en *Historia y Fuente Oral*, nº 3, pp. 151-164.

incorporación a España; los medios empleados y vicisitudes para llegar hasta ella, así como sus emociones y temores. También hacen referencia a las impresiones de su estancia en Albacete y en los distintos pueblos, referidas a problemas de organización, relaciones con la población, etc.; junto a la actividad realizada por cada uno: Adelina Abramson, intérprete rusa; Gundl Steinmetz, enfermera austriaca; Roger Ossart, oficial de servicio para atender a los visitantes; los demás, lucharon en el frente.

Nosotros nos hemos limitado a presentar, junto a las reflexiones generales, este rico material para su exploración, tarea que precisa de un "sexto sentido" por parte del historiador, que le permita discernir lo mucho que hay de válido en dicha materia prima. Pues, como nos recuerda Gwyn Prins, "la historia oral, con su riqueza de detalles, su humanidad, su emoción frecuente, y siempre con su escepticismo sobre el quehacer histórico, se encuentra mejor preparada para estos componentes vitales de la tarea del historiador: la tradición y el recuerdo, el pasado y el presente"[5].

**ADELINA ABRAMSON**[6]

*La traductora Adelina Abramsón con aviadores rusos.*

[5] PRINS, Gwyn, "Historia Oral", en *Historia y Fuente Oral*, nº 9, pp. 21-43.

[6] Nacida en Buenos Aires en 1920. Llegó a España con 16 años y fue intérprete del Estado Mayor de la República española (1937-1938) y teniente de aviación de la República. A su vuelta a la URSS ocupó el puesto de Teniente Superior del Ejército Rojo (1941-1949), y se doctoró en Ciencias Históricas, especializándose en movimiento sindical latinoamericano. Es miembro de la sección española del Comité Soviético de Veteranos de Guerra.

¿Podría imaginarme que después de más de 50 años, en un interrumpido acaecer de mi vida, con todas las penurias y vicisitudes sufridas, volvería al tan soñado Albacete de mi juventud? Nadie se hubiese atrevido a pensarlo, pués semejante posibilidad estaba descartada. Sin embargo, estoy aquí, en Albacete y en 1992. Mi recorrido por la ciudad, acompañada por los miembros del Centro de Documentación de las Brigadas Internacionales, me trae a la memoria mil imágenes de juventud. La calle Ancha, el Paseo de la República (hoy de la Libertad), donde aún perdura la metralla en la verja del Edificio de la Diputación, el parque, el Altozano desde donde se divisa el Ayuntamiento... Son imágenes que me trasladan a un pasado lleno de emociones de juventud. Son recuerdos de un simple soldado, de una voluntaria de la libertad, de una mujer del Pueblo que con su testimonio contruye la historia de los pueblos que han de conocer futuras generaciones.

Comenzaré por mis orígenes. Mis papás se marcharon de Rusia al ser perseguidos por revolucionarios y se establecieron en Buenos Aires. Por lo tanto viví desde mi niñez el aprecio por la defensa de los valores sociales. Tras triunfar la revolución en Rusia, mi papá trabajó en la representación comercial que tenía la URSS en Buenos Aires hasta que fue desterrado al Uruguay tras el golpe militar de Iriburu (septiembre de 1930), desde donde inició los trámites para volver a la URSS contra el deseo de mamá que prefería quedarse. Volvímos en 1932, periodo de incertidumbre y zozobra. Fue muy dificil adaptarse a las nuevas condiciones de vida, tanto económicas como políticas. Las condiciones de vida respecto a Argentina habían empeorado lo que incidió en el deterioro de la salud de mamá que sufría de una tuberculosis seca a causa del trabajo de peletera en un taller de Buenos Aires. Ello propició una constante tristeza y tensión en la familia en cuanto que aumentaron las incomodidades y mi mamá no había perdonado a papá el haber regresado a Rusia contra su voluntad. Mi hermana y yo tuvimos que realizar un gran esfuerzo para aprender el ruso y adaptarnos a la nueva situación.

Cuando llegó el 18 de julio de 1936, España se convirtió en un motivo de intranquilidad y desasosiego para papá, mamá y para mi. Paulina, mi hermana, se encontraba en Madrid como colaboradora en la editorial Europa-América y se había incorporado a las milicias, quedando destinada al batallón "Octubre", bajo el mando de Etelvino Vega. En los meses de agosto y septiembre tienen lugar numerosos mítines donde se pide solidaridad con España en su lucha contra el fascismo.

La oportunidad de ir a España se presentó cuando a finales de 1936 se lo propusieron a mi papá y yo le acompañé con mis 16 años, resplandeciente de juventud e ilusiones. Mi trabajo sería la de intérprete. Nuestro viaje hizo escala en París y desde allí nos dirijimos a Port Bou donde interrogaron a mi papá cuyo pasaporte le acreditaba como comerciante. Nos dirigimos en tren hacia Valencia donde trataría de encontrar a mi hermana, pero mi papá se quedó en Barcelona, realizando yo sola el resto del trayecto. Me acompañaban un grupo de rusos, y todos fuimos obsequiados con los más diversos productos alimenticios. Me impresionaba esta muestras tan sencillas de afecto y agradecimiento.

Me presenté en el hotel Metropol y después de esperar varias horas, pude ver a mi hermana que estaba acompañada por el asesor soviético Ksanti con quien se casó después. Éste cumplio diferentes funciones. Fue consejero de las unidades militares en la defensa de Madrid, asesor del Cuerpo de Madrid-Cataluña y también de la 35 división y colaborador con Pedro Checa en la preparación de oficiales. Un aviador de mirada penetrante y desconocido para mi me pidió trabajar como traductora con la aviación. Yo acepté e inmediatamente hice los preparativos para dirigirnos hacia Albacete, donde se encontraba el Estado Mayor de la Aviación de los asesores soviéticos. El misterioso personaje era T. Smushkevich, conocido como el general Douglas, un militar de alta graduación que fue Consejero del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas de la República Española y que fue fusilado en la URSS en 1941.

Mi llegada a Albacete, ciudad que acogía a las Brigadas Internacionales, estuvo llena de contradicciones: entusiasmo mezclado con incertidumbre por los pocos conocimientos que tenía sobre aviación. De esta situación me sacó el buen recibimiento de mis colegas cuando llegué a la finca de Los Llanos, sede de la aviación. De entre ellos recuerdo a Iria Leitner, destacada traductora de obras literarias, y a Kasimir Kobyliansky, joven comunista hijo de un revolucionario polaco. También me fue de gran ayuda la atención paternal y las enseñanzas, para una novata como yo, de Núñez Maza. Aquí vi algunas veces a Hidalgo de Cisneros, que me recordaba a Don Quijote: alto, gallardo y cortés.

Uno de nuestros trabajos era pasar toda la noche atentos a la información de la centralita que daba los partes de los aeródromos. La guerra dificultaba el contacto con mi familia, pero en febrero de 1937 una agradable sorpresa, aunque breve, supuso la visita, en vísperas de mi cumpleaños, de Paulina y Ksanti. A mi padre no lo vi hasta finales de 1937.

La mayor parte de la vida la desarrollaba en la finca de Los Llanos por donde pasaban aviadores rusos y españoles. Mi memoria ha olvidado sus nombres, pero cuando he vuelto a reunirme en Madrid con los pilotos de la Asociación de Aviadores de la República, he sentido el calor y el afecto que imperaba entre nosotros en aquellas fechas. Cuando disponía de tiempo me llevaba a la ciudad en la moto un mecánico ruso, Gregori Sokolov. Disfrutaba recorriendo las calles, me llevaba mis recuerdos como la fotografía ante el Ayuntamiento y me compraba ropa de abrigo. Una señora me hizo un par de jerseis que eran la envidia de mis camaradas y de gran utilidad en este clima tan frio.

Uno de los episodios más fijos en mi memoria es el bombardeo de la capital el 20 de febrero de 1937. Ese bombardeo fue algo macabro. Durante casi toda la noche el cielo permaneció resplandeciente por las explosiones de las bombas y el ruido era estremecedor. Las acciones se repetían tras un breve intervalo de tiempo y uno tenía la impresión que aquella era una noche interminable. Al día siguiente fuimos a la ciudad y comprobé los estragos del bombardeo, que fue especialmente intenso entre el Altozano y la estación de ferrocarril.

Ahora, en 1996, vuelvo a Albacete con la ilusión del reencuentro con quienes

compartí el compromiso solidario de luchar contra el fascismo.

**HANS HUTTER**

Al entrar en España, los voluntarios dormíamos en un antiguo monasterio sobre paja. Algunos internacionales estaban borrachos. Yo me avergonzaba. Por la mañana los borrachos estaban de nuevo sobrios. Un comisario político francés sermoneaba a sus paisanos y les decía a cada uno de ellos que no sólo estaban preparados para combatir sino que debían comportarse correctamente con el aspecto de los primeros valientes voluntarios o incluso mejor. Por esto, toda la columna marchaba tensa cantando hacia la estación. El pueblo cantaba también. Era emocionante como en Barcelona. A medida que se alejaba de Valencia el paisaje era más monótono. Su cuidada huerta que me recordaba a Blasco Ibáñez, se convertía en esa tierra rojiza que domina el campo español. Las colinas que sobresalían de los paisajes estaban desnudas como los montes de Aragón. Los campos, cosechados por completo, brillaban solitarios y áridos. El tren se acercaba lentamente hacia Albacete.

Los dos catalanes, Rafael y Fernando, como choferes, habían llegado atravesando distintos paisajes de España. Eran inteligentes y habían incrementado su escasa formación escolar leyendo. Durante el viaje habían contado toda clase de historias sobre las ciudades y familias, agricultura, industria y costumbres.

Llegamos a Albacete. Ésta era conocida en toda España por sus navajas, cuchillos y puñales. Anteriormente los cuchillos eran redondeados porque estaba prohibido fabricar y portar cuchillos afilados, ya que la población podía utilizarlos como arma.

El dormido Albacete se constituyó en campamento de las Brigadas Internacionales. Cada hotel, cada monasterio, cada plaza disponible estaba ocupada. Los nuevos fueron conducidos a la plaza de toros y repartidos en las distintas estancias. Nosotros, los oloter, emprendimos una vuelta por la ciudad. Algunas casas en ruinas reflejaban los bombardeos. Aunque entre las milicias no había habido demasiadas bajas, la población civil si había sufrido muchas muertes.

Los niños jugaban en la calle. Yo les regalé chocolate y les pregunté donde estaban sus casas. Ellos se escondían en los agujeros. Una mujer escuálida, que sostenía un niño pequeño en sus brazos, me acompañó para subir las escaleras. Yo quería pedirle que me enseñara la "vivienda". Se oían las sirenas de alarma. La mujer apretó a su pequeño fuertemente contra su pecho y gritaba: "aviación". Los niños que estaban jugando desaparecían como ratas en los agujeros.

Debíamos dar cuenta de nuestra llegada en el cuartel ya que allí estaba nuestro alojamiento. El cuartel estaba repleto. El comandante se encogía de hombros porque todas las habitaciones estaban ocupadas. Tendríamos que instalarnos en cualquier parte. Por el cuartel destilaba el molesto hedor de los obstruidos y derramados retretes. El suelo y las escaleras estaban llenas de suciedad. Sobre el cuartel habían instalado algunos toneles para ser utilizados en casos de necesidad. Los toneles no se vaciaban y su contenido fluía por el exterior. El olor sobre el cuartel era todavía más desagradable que en su interior. Bandadas de moscas y mosquitos se establecieron sobre la basura

y atormentaban a los hombres.

Comenzamos a blasfemar. De ninguna manera queríamos pasar la noche en semejante lugar. Las condiciones eran espantosas. Debíamos avergonzarnos de ello. A partir de este momento no volveríamos a alardear frente a los españoles de nuestro sentido de la organización.

Nosotros buscábamos el Estado Mayor las Brigadas Internacionales. La vigilancia no nos permitía entrar. Apartamos a un lado los centinelas que protestaban y entramos por la puerta. Había tres hombres sentados alrededor de una mesa ocupados con papeles. Un hombre delgado y encanecido, de facciones marcadas, se levantó y nos preguntó insistentemente. Su chaqueta de cuero revelaba que se trataba de un superior. Protestamos entre nosotros. Finalmente, Franz aclaró en nombre de todos que no queríamos permanecer en esa pocilga y que deseabamos ir a Madrid a la Brigada numero once. El hombre de la chaqueta de cuero nos explicó que esa decisión no podía tomarla el sólo, que regresásemos en una hora por si durante ese tiempo había recibido alguna noticia al respecto.

Los oloter se formaban en el parque Abelardo Sánchez donde se habían instruido grupos de la vieja brigada de ametralladoras rusas Maxim. A pesar de ser muy antiguas eran verdaderas armas. No estaban oxidadas ni en desuso como en Aragón. Inmediatamente tomé una de ellas. Disculpé mi curiosidad ante el instructor. Le dije que había luchado en Aragón y que quería continuar lo antes posible hacia Madrid.

El instructor enseñaba las diferentes partes y usos de las armas. Además nos mostro una LMG moderna y varios fusiles. Yo observaba todos los detalles, accioné el cerrojo y las palancas. En Suiza, como fusilero, nunca tuve en mis manos una LMG o una ametralladora de gran calibre.

Transcurrieron dos horas hasta que Franz trajo la orden del Estado Mayor. Todavía no estaba nada decidido. No había ningún informe de las Brigadas. Según la documentación presentada éramos el equipo que esperaban para manejar los tanques que estaban por venir. En ese momento supimos que debíamos permanecer en Albacete una o dos semanas y montar vigilancia.

Junto a esto Franz supo que Hans Baimler había muerto en Madrid. Su cadáver había llegado hacía poco tiempo a Albacete e iba a ser amortajado en el Ayuntamiento. Por la noche, cientos y cientos de personas pasaron delante del ataúd de Hans. Parecía estar dormido. Sólo su palidez y el vendaje que llevaba en la cabeza indicaban que estaba muerto. Las flores cubrían su féretro. Las banderas comunistas y republicanas dibujaban el fondo de la sala.

El diputado comunista del Reichstag de Bayern se había enterado del fallecimiento en el campo de concentración, pero la muerte lo apresuró a la primera línea de batalla en Madrid.

Herbert, el antifascista independiente, murmuraba triste: "Lo siento por el. Era un verdadero director de tropa. A los caciques no les pasa eso, no mueren, se esconden bien atrás y luego se llevan la gloria. Me parece que en Albacete se anidan demasiados repugnantes ambiciosos. Hans Baimler ha tenido suerte. Si tuviera que ser así, si

tuviera que ser alcanzado, yo hubiera preferido estar muerto que sobrevivir inválido".

El orador en los oficios, André Marty, un dirigente comunista francés, un hombre de cabeza grande y, ojos, nariz y boca juntos, alababa los méritos del fallecido. Un grupo de milicianos cantó en la despedida a Hans, como un canto ahogado y melancólico de los remeros del Volga, el himno de los soldados del pantano. De su modo de cantar la última estrofa se deducía la esperanza de tiempos mejores:

"No nos lamentamos,
eternamente no puede ser invierno.
Alguna vez diremos contentos:
Patria, de nuevo me perteneces
no saques a los soldados del pantano
nunca fuera del pantano".

Para finalizar, la internacional retumbaba en todos los idiomas.

La celebración se había terminado. Yo pensaba con asco en el cuartel repleto y maloliente. Las encendidas palabras de André Marty sobre el nuevo mundo perfecto que construirían los trabajadores sonaba irónico en mi memoria. ¿Porque no comenzar primero por limpiar las propias pocilgas?. Esa gente presumía de su maravilloso orden mundial y no terminaba de una vez por todas con una única ciudad. Ni siquiera ponían orden en su propio cuartel.

Visitamos algunos cafés abarrotados. En cada uno de ellos se podía encontrar internacionales. Algunos alardeaban de los actos heroicos que habían preparado para las próximas batallas.

En el Gran Hotel había otro nivel. Había también internacionales aunque de otra categoría, de apariencia vanidosa. Bebían también bastante aunque con medida y, sobre todo, cosas de calidad. Se permitían cenas exquisitas. Algunos parecían estar alojados en el hotel y haberse asegurado la compañía de mujeres para superar su duro trabajo. Me enfadaba el ser engreído. Pensaba en el humilde y por todos querido Hans Baimler. Hans debió morir. Los mejores fallecen porque luchan delante. Los caciques permanecen atrás y nunca mueren.

Nos encontramos con algunos camaradas que conocíamos de Aragon. Habían sido heridos allí y habían venido hacía algunos días a Albacete donde debían esperar, como los Oloter, a ser enviados al frente. Blasfemaban sobre el orden de los cuarteles, y contaban historias sobre embaucadores, ladrones y maleantes. El frente parecía un paraíso, allí no había tanta gentuza como en la retaguardia.

Los antiguos camaradas invitaron a los oloter a dormir con ellos en los cobertizos, lo cual era más agradable que una noche en el cuartel. Nos tumbamos en el suelo y permanecimos un rato charlando. Estábamos todos de acuerdo en que Albacete debía ser abandonado lo antes posible. Herbert padecía dolor de estómago pero se negaba a ir al médico, decía que no quería dar vueltas por los hospitales. Quería luchar, decía que no podía resistir más tiempo en la podrida retaguardia. "'¡Maldición otra vez!. No me quedo ni una noche más en Albacete, si golpeamos con fuerza las mesas del

Estado Mayor nos dejarán marchar. Para estar de vigilancia no me quedo aquí".

Por la tarde, nos dieron alguna esperanza en el Estado Mayor, Herbert decía irritado: "por la noche quiero escuchar que puedo irme inmediatamente a la once brigada. No me quedo ni una noche más aquí".

Nos formábamos en los puestos de prácticas y atendíamos las instrucciones sobre las distintas armas. Las armas rusas eran llamadas mejicanas porque los primeros suministros habían venido de Méjico. El instructor era traducido por un emigrante alemán que había aprendido ruso en Moscú. El explicaba el manejo de las armas de una manera fácilmente entendible por todos. Me sorprendía la paciencia con la que el instructor repetía los usos a los más lentos. No era ningún cacique.

Fuera de la ciudad, algunos soldados de caballería hacían practicas con caballos árabes . Uno de los más bellos no se dejaba dirigir y acabó derribando a su jinete. Stanez pidió que le cedieran a él el caballo. El soldado consintió cuando Herbert trataba de persuadirlo. Tomó el caballo y le habló confiado, se montó sobre él y en poco tiempo ya lo había dominado. Stanek paso galopando entre sus camaradas, soltó las riendas, se giraba de derecha a izquierda por debajo del caballo casi tocando el suelo con las manos. Todavía al galope se irguió sobre la silla e hizo las mas maravillosas acrobacias circenses. Finalmente se acercó a sus camaradas y mientras aplaudían dijo, ya que siempre presumía, que cabalgar era una larga tradición en su pueblo, que el conocía bien a esos caballos y que eran muy orgullosos porque los árabes los trataban como amigos. Las acrobacias de Stanek produjeron una profunda impresión entre los camaradas. Cuando más tarde contaba cosas increíbles, los camaradas que le escuchaban sabían que algo de verdad había en todo aquello.

Por la noche, el hombre de la chaqueta de cuero nos repitió en el despacho que nosotros, los olotér, éramos el equipo de tanques que estaban esperando y que transcurrirían probablemente dos semanas hasta que se pudiera comenzar con la instrucción y que hasta ese momento teníamos que montar vigilancia. Herbert refunfuñaba: "esto no me puede suceder a mí, yo no he nacido para eso". Franz aclaró tranquilo. "nos queremos marchar inmediatamente de aquí. Esto nos repugna. Cuando lleguen los tanques podemos regresar de la unidad. Yo se que esta noche viajan algunos camiones a la Brigada once. Queremos ir con ellos. Debes darle al chófer la autorización para que nos lleve".

Recibimos la autorización para viajar con los camiones a la Brigada once. Entre cajas, agitados y muertos de frío por la mañana llegábamos a Fuencarral, un pueblo cercano a Madrid. Allí estaba el Estado Mayor de la Brigada once. Franz siguió hasta el batallón de Thälman, que en Madrid estaba en la línea delantera.

Herbert tenía fiebres muy altas y un intenso dolor de estómago. Seguía negándose a visitar al médico, decía que mejoraría solo. Se tragó un bote doble de medicamentos y se tumbó en un camastro en una habitación[7].

---

[7] Traducción de Natividad Mendoza Navas, profesora de Derecho del Trabajo de la EU de Relaciones Laborales de Albacete.

**HANS LANDAUER**

Siempre me preguntan cuál fue el motivo que me llevó a España con apenas 16 años. Para responder a esta pregunta tengo que contar primero un poco de la historia de mi familia que desempeña un papel primordial en todo el asunto.

*Hans Landauer. Septiembre 1937. Benicasim.*

Mis dos abuelos eran alcaldes socialdemócratas en dos pequeñas comunidades rurales al sur de Viena: Ober-Waltersdorf y Tattendorf. Uno de mis tíos era secretario del sindicato y diputado del Parlamento regional de Estiria. La supresión de la democracia en Austria, en febrero de 1934, supuso una gran censura para la vida familiar. Se habían terminado de golpe las tardes con los "Halcones Rojos", la organización juvenil del partido socialdemócrata, y también las marchas y las excursiones con los "Naturfreunde", otra organización de los socialdemócratas que quiere decir "Amigos de la Naturaleza". Nuestra sede social, una modesta barraca en la cual se reunían también el club de gimnasia y el grupo de teatro, había sido clausurada por los fascistas. Nos dejaron como quien dice en la calle. La actividad política pasó a desarrollarse en la clandestinidad. Un grupo de correligionarios, bajo la dirección de nuestro ex-dirigente en los Halcones Rojos Peter Kubik, comenzamos con la agitación política: pegando símbolos prohibidos, pegatinas de las "Tres Flechas" o con el halcón rojo que aún teníamos en cantidades.

El triunfo del Frente Popular el 16 de febrero de 1936 nos llenó de entusiasmo, ya que durante la década de los treinta los triunfos electorales de la izquierda se habían convertido en rarezas. Después de ésto nos afectó tanto más el golpe de los generales. Debido a que la prensa reaccionaria en Austria, que era la única existente por entonces, no ocultó su simpatía por los generales rebeldes, las noticias que nos llegaban de la prensa de izquierdas en la clandestinidad eran de suma importancia para todos nosotros y ésta ya informó en los primeros días sobre la auténtica situación política y militar en España.

La información no era siempre positiva. Franco avanzaba y las primeras noticias fueron sobre los austríacos que lucharon al lado de la República y cayeron en la defensa de Madrid. Y así nos enteramos que había voluntarios austríacos que querían defender la democracia en España, que querían salvarla. Esta prensa tenía otra ventaja:

todos sabíamos que sus distribuidores habían montado una red por la cual se podía llegar a España.

En la primavera de 1937 vino a vernos Leopold Chech, que había ocupado la alcaldía en el pueblo vecino de Pottendorf y que asímismo había sido destituído por los fascistas. Nos trajo una carta. La carta era de Franz Haiderer, de Pottendorf, que contaba que estaba luchando con un batallón de artillería del ejército republicano. En ese momento se selló mi destino.

El 18 de junio de 1937 recibí mi primera dirección de contacto en París, era el café Grison, en la rue d'Alsace, y 150 chelines para el billete de tren Viena-París. La tarde del 20 de junio ya estaba sentado frente a mi enlace en el cuarto trasero de dicho café.

El comienzo de la conversación no fue muy prometedor que digamos. Al ver mi pasaporte me dijo en el más cerrado de los dialectos vieneses: "Eres imbécil o qué, no mandamos niños a España". Entonces le mentí, le dije que ni era mi pasaporte, sino el de mi primo, ni me llamaba Landauer, sino Operschall. Además no tenía 16 años, sino que había cumplido ya los 18. El no estaba convencido, seguía en sus trece. Sólo la insinuación de que el rechazo de mi persona y una posible repatriación y consiguiente interrogatorio policial podían poner en peligro a la organización ilegal en Austria, le hizo cambiar de opinión. Así la continuación de mi viaje estaba asegurada. Después de unos días en París, me dediqué a visitar la exposición mundial, tomé un tren nocturno que me llevó a Perpiñan. La marcha a través de los Pirineos no fue ningún problema. Al amanecer llegamos a una cabaña a la altura de Massanet de Cabrenys, donde nos esperaban unos camiones que nos llevarían a la fortaleza de Figueras. Hay dos imágenes de esta fortaleza que me acompañan toda mi vida. Un enorme cartel que mostraba los cadáveres de niños alineados sobre el empedrado. Podía ser en Madrid, Valencia, Barcelona. Quien sabe. Sobre ellos las sombras de aviones de bombardeo con cruces gamadas pintadas en las alas. Detrás de ellos una vaga silueta de Hitler, y debajo una frase que anticipaba la tragedia de Europa y del mundo: "¡Hoy España, mañana el mundo"¡. Más en Londres y París continuaban sin querer ver ni oir. El segundo cartel representaba las casamatas delante de las cuales había lápidas que mostraban que ya durante la Guerra de Independencia había habido voluntarios que dieron su vida por España.

Al partir de Figueras topamos por primera vez con el nombre de Albacete. Esa era nuestra meta. En un lugar de La Mancha, la Patria de Don Quijote. Durante el viaje nos impresionó sobre todo la huerta valenciana y el entusiasmo con el que nos recibían por donde pasábamos y donde parábamos. Si en París había pasado de ser Hans Landauer y tener 16 años a ser Hans Operschall y tener 18, ahora, en el cuartel nacional de Albacete me convertí de paisano en soldado, mejor dicho, en recluta. Mi único traje acabó en un momtón de ropa, mi pasaporte que había usado en el viaje a través de Francia, fué sustituído por el carnet militar por el cual me convertí oficialmente en soldado del Ejército Popular, de lo cual aún hoy me siento orgulloso. De nuevo apareció un nombre desconocido para mí: Madrigueras. Un pueblo al norte de

Albacete. Aquí comenzó mi vida cotidiana como militar. Todos los días nos llevaban a hacer prácticas sobre el terreno. A levantarse de un salto, a marchar, arrastrarse, etc., a los viñedos, entre las vides, que no eran como en Austria de plantas trepadoras, sino pequeñas cepas que cubrían la tierra, y en donde se nos enseñaban los conceptos fundamentales del comportamiento de un soldado de infanteria. Cada dos días, después de la siesta, teníamos que hacer prácticas de tiro, con balas de verdad, con el fusil de infanteria y una pesada ametralladora. No era broma, con el calor que hacía en el verano del 37 en España. Desagradable en sobremanera y con muchos problemas para la mayoría de nosotros fue el acostumbrarse a la dieta española y el inevitable aceite de oliva. No fué de extrañar por tanto que a algunos les tocó la venganza de Moctezuma y tuviesen un lugar reservado en las letrinas. Durante nuestro período de instrucción tuvo lugar la batalla de Brunete. El batallón austríaco "12 de febrero de 1.934", que contaba con pocos hombres y que había entrado por primera vez en acción en esta batalla, necesitaba refuerzos. De este modo, nuestro grupo acabó, tras un período de instrucción de dos semanas, como parte de la compañía de ametralladoras de este batallón en el cementerio de Quijorna.

Siguieron Quinto, Mediana, Teruel, primera y segunda retirada en Aragón y finalmente dos meses enteros con el batallón especial de la 35ª División en la batalla del Ebro, el segundo ataque en la defensa de Barcelona y las continuadas batallas hasta la frontera francesa, donde el 9 de febrero de 1.939 devolví mi fusil en el paso fronterizo de Port Bou. No me arrepiento para nada de haber estado en España en aquellos momentos, no me lo hubiese perdido por nada del mundo. Para mí fue el magisterio de mi vida. Aquí aprendí lo que era camaradería, solidaridad, el tener consideración con los demás. También el que la política y los políticos no siempre tienen que estar relacionados con sueldos y ganancias desproporcionados.

Para terminar quiero recuperar del olvido un principio anarquista. Con el argumento de que el parlamento era un cesto lleno de manzanas podridas y que por eso no podían enviar sus manzanas -es decir, sus dirigentes- al mismo para evitar que también se pudriesen, rechazaron presentar una lista de candidatos anarquistas para las elecciones de febrero de 1.936. No estaban ni están tan equivocados si se contempla la situación parlamentaria actual en Europa.

**ROGER OSSART**[8]

Estamos en Francia, en la primavera de 1918. Un niño de 3 años plantado al borde de la carretera que atraviesa una pequeña localidad industrial del Norte se esfuerza por oír. Un rugido potente y continuo que viene del este llena la atmósfera. Alrededor de él un grupo de mujeres de rasgos tensos manifiestan su inquietud: ¡Qué guerra! ¡Qué guerra! ...

[8] Roger Ossart nació el 20 de febrero de 1915, en el seno de una familia obrera. Miembro del PCF desde julio de 1934, llega a España en noviembre de 1936, donde alcanza el grado de oficial tras su paso por diversos frentes. Miembro de la resistencia francesa, encargado de la coordinación de operaciones de sabotaje industrial de la región París-Norte. Caballero de la Legión de Honor Francesa.

La primera Guerra Mundial está allí. La ofensiva alemana se desarrolla en dirección al mar a unas decenas de kilómetros. Casi cada día el chiquillo asiste en la estación, que está muy cerca, a la llegada de trenes sanitarios del que bajan a heridos con miembros o cabezas vendados cuyo aspecto le espanta.

El chiquillo soy yo y estas imágenes, casi 80 años después, permanecen todavía grabadas en mi recuerdo.

¡La Guerra! Esta palabra alimentará mi juventud. Por sus imágenes, primero. Algunos años después de que la paz volviera, con ocasión de un destino profesional de mi padre, descubriré con consternación las ruinas de una ciudad pequeña completamente aniquilada. Ninguna casa subsistió.

Un poco más tarde, cuando iba a la escuela, participé en Artois, en la inauguración de un faro gigantesco erigido junto a un inmenso cementerio militar: millares de tumbas y un osario amparaban los despojos de unos 30.000 muertos. ¡La Guerra! ¡La Guerra!.

En la escuela y luego en el instituto estudiaré las circunstancias de esos hechos con la mayor atención. La enseñanza me será impartida por maestros que casi todos habían participado en el conflicto y que me harán compartir el horror de la parte de su existencia pasada bajo las armas.

Las revistas de la época me traerán imágenes turbadoras de trincheras llenas de barro, de campos de batalla cubiertos de cadáveres... Un poco más tarde leeré "El Fuego, diario de una escuadra" un relato abrumador de Henri Barbusse.

Así es como, con perfecto conocimiento de causa siendo un adolescente de apenas 18 años, presentaré totalmente decidido, mi adhesión al Comité "Amsterdam-Pleyel" en favor de la Paz y contra el Fascismo, creado por iniciativa del mismo Henri Barbusse y de otro escritor famoso: Romain Rolland.

Un poco más tarde el libro de André Malraux "La Condición Humana" inspirará mis reflexiones y, poco a poco, a lo largo de mis lecturas -marxistas en su mayor parte- se irá precisando mi elección que me llevará a afiliarme al Partido Comunista Francés en 1934. En sus filas aún tomaré más consciencia de la naturaleza de la sociedad, de lo nocivo del fascismo, encarnado esencialmente por Mussolini y Hitler, pero también presente en mi propio país y en otros paises europeos.

España atrae muy especialmente nuestra atención. Sigo con mucha atención el desarrollo de los sucesos que seguirán a la instauración de la República en este país. En 1935, conoceré a jóvenes refugiados asturianos que habían tenido que huir de la represión, sangrienta en algunos aspectos, que se abatía sobre su país. El Frente Popular triunfa en España en febrero de 1936 precediendo en algunas semanas a un éxito idéntico de los demócratas franceses.

La rebelión de los militares en España el 18 de julio de 1936 nos coge en plena euforia. Seguimos apasionadamente día a día, el desarrollo de los sucesos de más allá de los Pirineos y el desarrollo de la ayuda popular internacional. La instauración de la No- Intervención, a la que se unió el gobierno francés, la sentimos como una traición.

Acogemos con satisfacción el valor heroico de los trabajadores republicanos españoles, la determinación de los primeros Voluntarios extranjeros que acudieron al combate en su ayuda, y la puesta en marcha de las Brigadas Internacionales y sus primeras y duras batallas en Madrid en noviembre del 36. Prácticamente todas las noches cojo la palabra en público por todos los rincones de mi provincia para condenar el error monstruoso de nuestro Gobierno alineado con la No- Intervención y para subrayar la necesidad de ayudar a la República Española por todos los medios y también para exaltar el gesto de los Voluntarios del mundo que habían entrado en combate. Tanto y tan bien lo hice que no puede resistir y, frente a mi insistencia, los dirigentes regionales de mi partido aceptan por fin que vaya a reunirme con los combatientes de las B.I.

Estamos a finales de noviembre. Llego a París provisto de los documentos necesarios y me presento en el número 8 de la Avenida Mathurin Moreau, sede del Comité de Ayuda a España donde se examinan las solicitudes. Mis papeles se consideran válidos y soy admitido para participar en el siguiente convoy. Así es como la tarde siguiente cogeré un tren especial de Voluntarios, franceses en su mayoría ese día, con destino a la frontera. Ya entonces, se me confió la "responsabilidad" de un vagón con la consigna de velar por el buen comportamiento y la discreción de mis compañeros. Nuestra partida se "tolera " pero no es por ello menos tachada de ilegalidad.

La moral de unos y otros es de lo más elevada. Cada uno de nosotros está convencido de la justicia de su compromiso, de la necesidad de afirmar nuestra solidaridad fraterna y completa con la República española, convencido también de que nuestros pasos son conformes a nuestros intereses nacionales y responden a la necesidad de asegurar la seguridad de nuestra frontera pirenaica.

Hacemos las presentaciones y luego nos esforzamos por dormir como podemos. Después de una breve parada en la estación de Toulouse al amanecer, el tren se pone otra vez en marcha y llegamos a Perpiñán. Comitiva silenciosa por la ciudad, alojamiento y comida en los locales del antiguo hospital militar. La tarde se dedica al descanso. Cuando llega la noche nos cogen unos autocares y nos llevan en dirección a la frontera por carreteras secundarias. La frontera está cerca. Bajamos y vamos en fila india a lo largo de la vía férrea durante algunos cientos de metros.

La consigna imperativa es la del silencio y de no fumar: la policía de las fronteras no está lejos; ciertamente está al corriente de nuestra presencia, pero no conviene provocarla. Franqueamos los últimos contrafuertes de los Pirineos. Pasamos la frontera en Perthus. Bajamos la cuesta.

A poca distancia otros autocares, españoles esta vez, nos esperan. Hay allí milicianos que nos acogen calurosamente. El convoy se pone en movimiento. Después de un trayecto bastante corto distinguimos, en la noche clara, las murallas de una fortaleza. Franqueamos a pie el puente que precede a las portadas de entrada. Nos informan: "Bienvenidos al Castillo de Figueras".

Noche de descanso en las casamatas, seguida de una jornada marcada por un

desfile por la ciudad, bajo las aclamaciones de la población y, luego, unas horas de libertad.

Al día siguiente, antes del alba, volvemos a coger el tren, español esta vez, para hacer un alto y un desfile en Barcelona, por las Ramblas, que nos lleva hasta la Plaza de Cataluña donde las autoridades y la población nos acogen muy calurosamente. Seguidamente vamos al "Cuartel Carlos Marx" para comer algo y descansar un poco. Por la tarde, vuelta a la Estación de Francia" para coger el tren que va a conducirnos a Valencia. En cada parada del convoy campesinos llenos de entusiasmo nos esperan con cestas repletas de fruta, de vituallas y ... de botellas de vino ... cuyo consumo controlamos rigurosamente.

¡Valencia! Otro desfile por la ciudad. Volveremos a coger el tren la misma tarde hacia una dirección desconocida. ¡Será Albacete!

Al mismo bajar del tren nos reunirán en la plaza de toros. Comemos y en las horas que siguen se procede a una primera organización provisional: nuestra columna se convierte en un batallón, fraccionado en compañías, secciones y grupos de combate. André Marty nos saluda y nos presenta a nuestro jefe de batallón el coronel Putz, antiguo combatiente de la guerra del 14. Mi compañía también estará bajo las órdenes de un veterano de la Guerra Mundial, el capitán Grillet.

Vamos seguidamente a los alojamientos que nos han correspondido. En mi caso compartiré una habitación del Gran Hotel, plaza del Altozano, con tres otros compañeros.

Los días siguientes estarán marcados por el perfeccionamiento de nuestra organización. ¡Un momento de gran emoción!, nuestro joven batallón, que ha tomado el nombre de Batallón Henri Barbusse, rendirá un solemne homenaje, también en la Plaza de Toros, a los restos del camarada alemán Hans Beimler, caído en el frente de Madrid los días anteriores.

El tercero o cuarto día, orden de partida. Dejamos Albacete para ir a pie y en formación al lugar fijado para la puesta a punto de nuestra unidad y, sobre todo, de su entrenamiento. Se trata de la localidad de Mahora, a unos treinta kilómetros. Aún no tenemos uniforme, pero cada uno de nosotros ha recibido una manta, que al llevarla cruzada en bandolera militariza nuestro aspecto. El camino es largo, los zapatos de ciudad que llevamos no son los más apropiados para tal ejercicio. En el trayecto vamos a saludar al jefe de nuestra Brigada, la XIVª Brigada Internacional en este caso, el general Walter (polaco) y a nuestro comisario Heussler, francés.

Mahora. Las acuartelamientos nos esperan. Generalmente se trata de granjas, mínimamente equipadas con jergones. Pasarán tres semanas con ejercicios de entrenamiento intensivo, instrucción militar, interrumpidos por reuniones con la finalidad de completar el conocimiento y las relaciones entre las diferentes unidades, de verificar y rectificar, si fuera necesario, los mandos, poner a punto todos los detalles.

Nuestros contactos con la población son extremadamente cordiales, pero siguen siendo -a falta de actividades de ocio- superficiales. Aprendemos nuestras primeras palabras de convivencia: Salud compañero, buenos días, ¿Qué tal?, etc.

Algunos perillanes aprenderán muy deprisa los términos más específicos de : guapa, rubia, morena, sin otras consecuencias.

Los días 22 y 23 de diciembre orden de marcha. ¡Partimos al frente vía Albacete!. Al pasar por allí nos completan el equipo y nos dan el armamento. Yo recibiré un magnífico fusil Oviedo que tiene tres veces mi edad. Sabré algunos días más tarde que, con bastante regularidad, dispara una de cada dos balas.

Cogemos el tren. ¿Hacia qué destino? Al cabo de un viaje de cerca de 24 horas bajamos en una ciudad que se llama Andújar. El frente está cerca. Los recuerdos de mi primera infancia me vienen a la cabeza de manera irresistible y creo percibir el rugido de la artillería. Dónde se encuentra exactamente Andújar, lo ignoramos. Lo sabré algunos días más tarde cuando en una patrulla descubra en una oficina abandonada de la estación de Marmolejo un mapa de España: estamos en Andalucía, cerca del Guadalquivir. Al día siguiente entramos en combate. Pero esta es otra historia.

Otra historia que me va a hacer volver a Albacete bien involuntariamente. El 28 ó 29 de diciembre a causa de una bomba lanzada por un avión enemigo me recogen inánime. No tengo heridas aparentes, aunque sangro por la nariz, por la boca y también, me dijeron, por las orejas, pero estoy aturdido, incapaz de mantenerme de pié. El capitán de la brigada me examina y ordena mi evacuación y así es como vuelvo a Albacete el 2 ó 3 de enero ocupando una cama del Hospital Provincial. Allí progresivamente me voy recobrando. Después de una buena semana y tras examinarme por todas partes puedo dejar mi habitación para ir a la enfermería del cuartel. Vienen a visitarme y me piden que haga un informe sobre los acontecimientos que he vivido en el frente. Me pongo a ello como es lógico. Sin duda mi testimonio será apreciado y algunos días más tarde me convocan al Estado Mayor de la Base: se acaba de crear un nuevo puesto, el de oficial de servicio. Función principal: acoger a los visitantes que se presenten, conducir a todos aquellos cuyas gestiones estén justificadas, informar amistosamente a los demás y dirigirlos si es necesario a los servicios cualificados. Otras funciones más: vigilar que se respeten todas las medidas de seguridad, desempeñar cualquier misión, investigar, transmitir órdenes, si llega el caso.

Acepto el puesto. Lleva consigo pocos placeres, los días son largos, las noches cortas y no siempre exentas de interrupciones. Desde otros puntos de vista esta función es apasionante. Voy a conocer a muchos personajes importantes: mandos de las B.I. ( oficiales, comisarios, médicos), dirigentes políticos o sindicales de muchos lugares del mundo cuyos nombres y cargos ya conozco.

Por las misiones que se me encargan voy a conocer los diferentes servicios repartidos por la Base y, en consecuencia, la ciudad misma. Mis escasos ratos de ocio me permiten apreciar el encanto de esta capital de provincia: la calle Mayor, el Parque y esta atmósfera tan especial de la Mancha, algunos de cuyos aspectos me recuerdan a mi provincia natal.

La noche del 20 de febrero de 1937, Albacete conocerá un cruel bombardeo. La fecha ha permanecido fija en mi memoria puesto que correspondía a mi 22

cumpleaños. Algunos de mis colegas lo "celebraron" en los sótanos del Estado Mayor, mientras que por mi parte yo recorría las calles de la ciudad a fin de detectar las consecuencias del ataque enemigo.

Incluso fijo en mi despacho de acogida no perdía el tiempo: tengo al alcance de mi mano obras útiles, a saber, los manuales de uso de las academias militares francesas, los de Oficial de Infantería, de Artillería, de Ingenieros, etc. Completo así con ardor mis conocimientos. Otro ejercicio positivo: he encontrado en una librería de la ciudad un manual de estudio de la lengua española para franceses y un diccionario pequeño. Las mujeres de servicio en el Estado Mayor me enseñarán la pronunciación. Mis progresos son rápidos tanto que algunos meses más tarde, de vuelta al frente de Andalucía, estaré en condiciones de dirigirme, en su lengua, a los habitantes de Hinojosa del Duque con ocasión de una celebración de nuestra fiesta nacional francesa, el 14 de Julio, fecha de la República cuyos principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, son valores universales. La defensa de tales valores en beneficio del pueblo español justificaba ampliamente nuestra presencia a su lado, en esas circunstancias.

Volveré a Albacete a principios de Octubre de 1937, en condiciones especialmente emotivas: la inauguración junto al parque de la ciudad de un monumento erigido en homenaje a los Voluntarios de las Brigadas Internacionales, ceremonia marcada por un sentimiento de fraternidad recíproca, que quedó grabado en lo más profundo de mi memoria.

Mis diferentes funciones en las B.I. me aportaron el privilegio de haber recorrido el territorio español, bajo control republicano evidentemente, prácticamente en todas sus dimensiones. Debo decir que ninguna región ha marcado mi recuerdo tanto como la provincia de Albacete.

En conclusión, debo decir cuánto aprecié los reencuentros de los que disfruté con mi esposa, durante mi estancia con ocasión de las manifestaciones de recuerdo de abril de 1987. Pude así contemplar una ciudad quizá menos marcada que la de 1936 por su entorno campesino, pero siempre detentora en sus muros y en el corazón de sus habitantes de recuerdos imperecederos.[9]

## JUAN DE LA ASUNCIÓN VELIZ[10]

Nací en Almansa el 1 de agosto de 1936. Fui del campo toda mi vida; mi padre era agricultor, y en casa éramos seis hermanos. Desde chico tuve que trabajar duro, y no pude ir al colegio; aprendí a leer, a escribir y pintar por mí mismo.

Cuando llegó la guerra, mis hermanos mayores marcharon al frente, y yo quedé solo en casa. El recuerdo de ellos y los deseos de combatir a su lado me llevaron a alistarme. En Alcalá de Henares me enrolé con los garibaldinos junto con varios

[9] Traducción de Carmina Belmonte Useros, catedrática de francés en la E.U. de Magisterio de Albacete.

[10] Juan de la Asunción Veliz nació en Almansa el 1 de agosto de 1916. Jornalero, autodidacta, combatió con los garibaldinos integrados en la XII Brigada Internacional. Tras el final de la guerra fue internado en el campo de concentración de Larios, en Málaga, pasando posteriormente como penado a un batallón de trabajadores.

**Don** FELIX DE LOS SANTOS, Capitan , **Jefe de** LA SECCION ADMINISTRATIVA DE LAS BRIGADAS INTERNACIONALES EN LA SUBSECRETARDA DEL EJERCITO DE TIERRA
(Nombre y apellidos) (Cuerpo, Unidad o Milicia)

CERTIFICO: Que D. Juan DE LA ASUNCION VELIZ desapareció
(Nombre y apellidos.)
afecto a la XII Brigada internacional ~~falleció a consecuencia de las heridas recibidas~~ defendiendo al Gobierno de la República el ~~día~~ mes de marzo de 1.938 en el sector de Caspe.
(Cuerpo, Unidad o milicia.) (Lugar.)
en [1] acción de guerra
(Circunstancia que concurrieron.)

constándome en todo momento que su actuación fué leal.

Que el causante fué incluído en el documento básico (nómina) de la percepción de haberes correspondiente al mes de su ~~fallecimiento~~ desaparición, percibiendo sus familiares los haberes correspondientes en la forma establecida en el Decreto de 11 de agosto de 1936, hasta el día 28 de Febrero de 193 8 inclusive, en que se dejó de acreditar nuevos haberes.

Que el causante percibía un sueldo mensual de TRESCIENTAS Pesetas y que, a juicio del que suscribe, el causante, está comprendido en el artículo 65, 66 ó 67 del Estatuto de Clases Pasivas.

Y para que surta sus efectos en el expediente de pensión de sus familiares
(Viuda, hijos o padres y nombre y apellidos de los mismos.)
expido la presente certificación en BARCELONa
(Población)
a 25 de Junio de 1.938
(Fecha)

(Firma y rúbrica del Jefe.) [2]

(Sello del Cuerpo o Comité)

[1] El Jefe del Cuerpo, Unidad o Milicia especificará con todo detalle las causas que concurrieron a su fallecimiento.
[2] No es válida la firma estampillada.

compañeros españoles, pues el batallón italiano estaba siendo entonces reorganizado y reforzado con soldados españoles tras la sangría sufrida en Brunete.

La unidad fue destinada a Aragón, y hacia allí partimos. Fuentes del Ebro, Quinto, Belchite... En el sector de Belchite, en el observatorio del batallón, de madrugada, junto al Ebro, sufrí un fuerte dolor en la ingle derecha. Me recogieron y me traladaron al Hospital Internacional de Benicasim, donde fui operado de apendicitis. Pocos días más tarde volví al frente, y allí, mi teniente me abrazó, emocionado, y lloró porque en los días en que yo estuve ausente murieron varios de mis compañeros de sección.

*El brigadista garibaldino Juan de la Asunción, Belchite 1937.*

Participé como miembro de la brigada en la batalla de Teruel, y el día 10 de marzo de 1938 fui dado como desaparecido en acción de guerra en el sector de Caspe, tras caer como prisionero de los franquistas. Después de una rocambolesca fuga, volví de nuevo a las líneas republicanas. Pero quizás mi peor vivencia tuvo lugar durante la batalla del Ebro. Lo que en un principio pareció ser un gran triunfo para la República, fue, en realidad, una gran desbandada para nuestro ejército, que dejó tras de sí, después de tres largos meses de combates, una larga estela de muertos y heridos.

De mis compañeros italianos guardo muy gratos recuerdos; intimé con varios de ellos e incluso llegué a hablar algo de italiano. De día y de noche, en el frente y en la retaguardia, siempre fueron muy buena gente.

**GUNDL STEINMETZ**[11]

Estaba en París cuando comenzó la guerra en España y colaboré en los actos de apoyo al gobierno de la República. En septiembre de 1936 hice un curso para enfermera en París y a comienzo del año siguiente me marché en tren hasta Marsella, donde me embarqué hasta Valencia y desde aquí fui en tren hasta Albacete. Allí me incorporé para prestar mis servicios como enfermera en el hospital nº 1 de la Brigadas Internacionales que se encontraba en un chalet en medio de la ciudad. Por aquellas fechas tenía 20 años. Había sido miembro del partido comunista de Francia pero tuvo que cambiar su filiación al de Austria, según una decisión de que cada interbrigadista tenía que pertenecer al partido de su país. Aquí trabajó hasta que en 1938 cayó muy

[11] Enfermera austriaca. Nación el 25 de junio de 1916 en Viena. Creció en un ambiente familiar socialdemócrata. Viajó a París en 1935 y se integró en las actividades desarrolladas por el Frente Popular. Vino a España a comienzos de 1937.

enferma y fue trasladada a Barcelona, aunque poco después evacuaron el hospital cuando las brigadas se trasladaron allí.

En esta ciudad estuvo en una clínica en la embajada uruguaya de la que huyó en el verano de 1938 al encontrarse mejor, ya que quería seguir en la lucha en aquellos difíciles momentos. Trabajó en Vic como ayudante de laboratorio en el grupo Kisch-Elouesser, en un antiguo convento convertido en hospital.

*Gunde Steinmetz, enfermera austríaca.*

La decisión de retirada de las Brigadas Internacionales fue una decisión errónea que muchos no entendimos y que nos causó una gran tristeza. Nuestro sacrificio de abandonar España no sirvió para frenar el apoyo de los fascistas a los rebeldes que incumplieron la resolución de la Sociedad de Naciones. Yo me quedé con el Servicio de Sanidad Internacional saliendo de España a comienzos de 1939. Fue acogida en St. Zacharie, en una casa de un sindicalista, lo que impidió su inclusión en los campos de concentración como la mayoría de sus compañeros. Tiempo después me desplacé a París, donde poco después fui detenida y expulsada como "extranjera indeseable", asentándome en Bélgica. Aquí viví clandestinamente luchando en el movimiento de resistencia belga durante la II Guerra Mundial.

Hasta hoy lo más importante e impresionante de lo vivido en España y Albacete durante mi estancia, fue la solidaridad entre todas las personas, la amabilidad, la camaradería natural y la solidaridad internacional. En cuanto a la situación de la mujer, no se vivía el feminismo como hoy. No se discutía el papel de la mujer sino que ellas actuaban. Se tenía la impresión entre las mujeres que conocí de estar realizando un paso importante en su emancipación ya que el hombre las aceptaba en sus nuevos roles[12].

**FRED THOMAS**[13]

¡Albacete! Ningún brigadista puede escuchar esta palabra sin sentir de nuevo

[12] Entrevista realizada por Isolda Bolher el 17 de abril de 1996.

[13] Nació en Londres en 1911. Sus padres eran obreros. Ingresó en el Partido Laborista a los 18 años y vino a luchar a España, encuadrándose en las Brigadas Internacionales. Fue herido en Brunete y en Teruel. Cuando llegó a Inglaterra tuvo problemas para integrarse en el Ejército hasta 1942.

el orgullo, el regocijo que todos sentimos cuando, procedentes de diversos países y en diferentes momentos, nos alistamos en las Brigadas Internacionales, precisamente en la Plaza de Toros de Albacete. Mi corazón está pletórico cuando recuerdo la emoción que sentí al recibir mi carné como miembro de esta organización (que todavía atesoro entre otros tantos recuerdos de la que considero que fue "nuestra" guerra).

En 1936 mis conocimientos sobre España eran escasos; una ignorancia, me temo, compartida por la mayoría de mis compatriotas. Sin embargo, los sucesos de aquel mes de julio revelaron y nos hicieron comprender la brutal realidad: la de un fascismo manifiesto y el pueblo español luchando con valor pero con muy poca ayuda exterior.

Aquí en Gran Bretaña la sublevación franquista significó cosas diferentes para el gobierno y para el pueblo. Históricamente se sabe que el gobierno británico fue responsable de adoptar una política infame de no intervencion. Se recurrió a esta estrategia descaradamente para asegurar por una parte que se le negaba al gobierno legal y democráticamente elegido las armas que necesitaba desesperadamente mientras que se hacía caso omiso a la ayuda masiva que Franco estaba recibiendo de Alemania e Italia.

Pero no nos condenéis a todos. Aunque incapaces de cambiar el gobierno o su política, los trabajadores británicos mostraron sus simpatías. Hicieron mucho por ayudar a la causa republicana y al pueblo español. Considero que éste no es el momento de dar una relación de la ayuda prestada, pero sí me gustaría mencionar que fueron 2.500 los británicos que lucharon en las Brigadas Internacionales, de los cuales 500 murieron.

LLegó un momento en que comprendí que esta situación no me satisfacía personalmente. Y fueron tanto la razón como el corazón los que me movieron a marchar a España. Muchos voluntarios ya habían cruzado los Pirineos para luchar codo con codo con sus comaradas españoles y ayudar a defender Madrid. La razón me decía que debía ir sin que importara lo modesto de mi contribución. La emoción me acabó de decidir al ver en nuestros periódicos nacionales las fotos de la toma de Badajoz por las fuerzas armadas fascistas y las de las filas de prisioneros republicanos que eran llevados para una ejecución inmediata. Hice los contactos adecuados en Londres y me dirigí a España y a las Brigadas Internacionales.

¡Tuve suerte! Ni yo ni mis doce compañeros de viaje tuvimos que cruzar a pie los Pirinéos. Atravesamos Francia en tren hasta Sete, después fuimos en barco a Palamós en el noreste de España. Nuestra mayor dificultad fue el mareo que nos produjo el viajar en un barco pesquero pequeño que apestaba tremendamente. Tuvimos que pasar gran parte de las 18 horas que duraba el viaje encerrados en la bodega, ¡afortunadamente desprovista de pescado en aquellos momentos!

Estoy convencido de que algunos de nosotros esperábamos entrar en acción inmediatamente cuando aterrizamos en Palamós. Por el contrario nos presentaron a gente española muy amable y amistosa. Pasamos una noche en un estupendo hotel

después de una buena cena. ¡Que inesperado y confortable comienzo de viaje a la guerra! (¡Pero mira que olvidar abastecernos de cigarillos en Francia!)

Un paseo por la ciudad fue suficiente, sin embargo, para comprobar que nos hallábamos en un país en guerra. Más que los vehículos camuflados y algún que otro control de carretera, lo que destacaba era el reflejo en las caras de la gente de que aquellos eran momentos de adversidad, aunque también de gran esperanza. En todas partes nos trataban como amigos, y desde entonces nunca ha variado esa sensación de sentirme en España como en casa.

A continuación experimentamos los trenes españoles; por cierto, tengo que decir, que no demasiado buenos en aquellos tiempos. Pero suficientemente buenos como para trasladarnos primero a Barcelona donde estuvimos unas pocas horas; posteriormente a Valencia, donde nos llevó un día largo convertirnos en miembros del ejército republicano; y finalmente a Albacete.

No exagero al decir que la ciudad nos cautivó de inmediato. A excepción de la incomparable Madrid, ningún otro pueblo o ciudad había conseguido atraernos tan súbitamente como Albacete. Rebosaba vida. La urgencia se reflejaba en todos los rostros. Por las calles se veían hombres de muy diversas nacionalidades paseando hombro con hombro con sus -y ahora nuestros- camaradas españoles. Oíamos intrigados el murmullo confuso de lenguas extrañas. Estudiábamos los carteles de los muros que pedían un esfuerzo unido para derrotar al fascismo. Las limitaciones lingüísticas no impedían que la gente nos expresara el agradecimiento que sentían por nuestra presencia en el país para ayudarles en su lucha. Eramos bienvenidos tanto en sus corazones como en sus hogares, donde muchas veces compartían con nosotros la poca comida de la que disponían. ¿Cómo podría uno olvidar Albacete?

Nos instalaron en los barracones vacíos de los Guardias de Asalto. Un día nos llevaron a la plaza de toros -¿Qué pintaba yo, un chico del este de Londres, en una plaza de toros española?- para alistarnos en las Brigadas Internacionales. ¡Qué orgullosos estábamos de recibir aquellos documentos que lo atestiguaban! Luego, cuando nos pusimos nuestros uniformes, el convencimiento de que el objetivo de nuestro viaje estaba más cerca, aumentó. ¡Ya éramos soldados, o por lo menos, casi! (Ese uniforme fue el único completo que recibí. A partir de entonces tan sólo conseguíamos alguna que otra prenda. Esta nunca era nueva sino bastante desgastada, aunque limpia. Cuando las circunstancias lo permitían, era comprada; y cuando no, mediante trueques).

Las tardes en Albacete eran indescriptibles. Nosotros los británicos nos uníamos atónitos a los tropeles que llenaban las calles principales, codeándonos con otras personas de muchos países diferentes y escuchando sin comprender las diversas lenguas habladas. Y, por supuesto, el enorme escándalo proveniente de los altavoces que vociferaban canciones, discursos y, naturalmente, la Internacional.

Poco era lo que se podía comprar en las tiendas aunque no importaba puesto que tampoco contábamos con demasiado dinero. Nos pagaban 8 pesetas al día en la Brigada Internacional, que luego subió a 10 pesetas; pero las pagas eran pocas e irregulares. Pero, ¿quién necesita dinero estando en el Frente? Rápidamente descubrimos

el vino, por supuesto, bebida poco familiar para nosotros a la que nos aficionamos algunos. En ocasiones conseguíamos comer en algún que otro bar, cambio que era de agradecer; y todavía recuerdo que había una aclamada "Cafetería Internacional" donde alguna vez se podía adquirir cerveza e incluso helado.

Pero antes de que este bienestar pudiera apartarnos de nuestra causa, los británicos fuimos trasladados en camiones a Madrigueras, a unos 20 kilometros de allí. Después de dos semanas de entrenamiento, unos 30 fuimos seleccionados para formar la primera batería antitanque británica, y volvimos a Albacete a por las armas. ¡Mañana al Frente! pensábamos emocionados.

Había que celebrarlo. Nos tomamos unos huevos con patatas en nuestra cafetería favorita, comida que disfrutamos enormemente.

Nos marchamos al día siguiente con nuestras armas con rumbo al Frente de Jarama para unirnos a la Decimoquinta Brigada Internacional. La gloriosa historia del coraje y espíritu de sacrificio del pueblo español al luchar en unas condiciones cada vez más adversas y un hambre creciente, traicionados por las democracias, incluida la de mi país, hasta la llegada del largo y terrible periodo franquista que ensombreció este país, es verdaderamente heroica. Los que quedamos, retornamos a una España libre del Fascismo. España nos rinde homenaje; nosotros a cambio saludamos al indomable pueblo español, a nuestros camaradas y ahora conciudadanos nuestros.

Albacete, cuna de las Brigadas Internacionales, está impreso en nuestra memoria y sobre todo en nuestros pensamientos mientras que esperamos ansiosos la llegada de noviembre de 1996.

¡Salud![14]

**Mª ANASTASIA TSACKOS MORATALLA[15]**

El hecho de ser hija de un brigadista, en cuanto que fuí consciente de lo que esto significaba y no lo que me habían querido transmitir, fué una revelación, que en cierto modo, no supuso nada nuevo, porque en mi interior yo conocía a mi padre aunque núnca le hubiese visto y sabía que era un héroe, con un sentido de la dignidad y de la democracia por la que luchó, libre de toda duda.

Como es evidente que en unas pocas líneas no se puede sintetizar toda una vida, intentaré a grandes rasgos relatar lo que ha significado para mí el hecho de no haberle conocido, sobre todo, sabiendo que él se encontraba en algún lugar, con la esperanza puesta como yo, en un próximo encuentro que núnca llegó.

Dicen quienes me conocen que soy una persona emocionalmente fuerte, yo en mi interior creo que se equivocan, lo que ocurre es que he tenido que hacer frente durante toda mi vida y, sobre todo, en la infancia, a circunstancias que me crearon mucha angustia, mucha incertidumbre. Mi vida ha sido un contínuo reto a la adversidad,

[14] Traducción de Rosa Mª López Campillo, T.E.U. de Magisterio Albacete.

[15] María Anastasia Tsackos Moratalla nació el 26 de agosto de 1939 en el campo de concentración de Bayeux, Francia. Hija del voluntario greco-rumano Georges Tsackos y de la albacetense María de los Llanos Moratalla Gallego. Licenciada en Psicología, rama clínica, es colabora de la prensa albacetense.

una lucha contínua contra la frustración y eso es lo que quizás ha contribuído a reafirmar mi carácter. Sin embargo, he sido o me he sentido débil muchas veces, sobre todo, cuando me he dejado vencer por los recuerdos almacenados en esa memoria a largo plazo, que muchas veces desearíamos que se borrara para siempre. Por esta razón, no hace mucho tiempo que he dicho !basta ya! a muchas cosas, y he decidido ser fuerte de verdad para seguir adelante, para recordar,para luchar por mi propia vida, para que no me duelan tanto los sentimientos que tantas veces he tenido que contener, tratando de evitar que las personas que estaban junto a mí, se sintiesen heridas. Por eso, cogí un costurero que siempre había estado celosamente guardado y que yo había evitado abrir, no sé si por miedo a encontrarme con una realidad que yo percibía triste y sin esperanzas, o por respeto a mi abuela y mis tias que con tanto amor guardaron su contenido. Al fin pensé que si lo habían conservado a lo largo de los años, debía tener un significado, posiblemente, que yo un dia conociera la verdad de una historia que pudiendo ser sencilla y feliz, se convirtió lamentablemente en un amargo recuerdo. Cuando abrí la tapa, sentí un nudo en la garganta; en su interior muchas cartas, todas ellas abiertas, pasadas por la censura y vueltas a cerrar burdamente; algunas fotos y un recorte de prensa de un diario portugués en el cual se hablaba de un grupo de tripulantes que se habían hecho a la mar durante un fuerte temporal para salvar a un compañero al que había arrastrado la tormenta y que estuvieron a punto de perder su vida, porque la embarcación en la que iban quedó destrozada y, en este grupo de náufragos se encontraba mi padre. He querido contar este hecho porque tiene una relación directa con los sentimientos que albergaba mi padre hacia mi madre y hacia mí. Al leer las cartas he sabido que su objetivo al embarcarse en un barco griego con destino a Portugal, era el de estar lo más cerca posible de nosotras; su idea era desde allí intentar llegar hasta Albacete, pero como no se lo permitieron, le pedía a mi madre una y otra vez, que fuésemos hasta donde él estaba. No he sabido núnca qué o quién impidió que nos pudiésemos reunir. Debió de estar en Lisboa durante bastante tiempo esperando inútilmente nuestra llegada, y allí hizo una estrecha amistad con una familia, de la cual también existen cartas e incluso una fotografía de

*La niña María Anastasia Tsaclos Moratalla con sus padres en el campo de conentración de Bafleux.*

su hija a la que apadrinaron mis padres, ya que aunque mi madre se encontraba ausente, quisieron que figurase como madrina de la niña, a la que bautizaron con el nombre de Anastasia, o sea, como mi abuela paterna y como yo. Esto a mí me dice mucho de la calidad humana de mi padre que supo ganarse la amistad y el respeto de quienes le conocían.

Parece que fué premonitorio el hecho de que desde que nací, a mis padres ya se les negó la emoción de estar juntos en esos momentos, porque ambos estaban en campos de concentración distintos, en una misma ciudad francesa, Bayeux; por todo consuelo, mi madre al dia siguiente de dar a luz, recibió una postal que yo conservo y en la que se vé una pareja con una niña. En ella mi padre habla textualmente de las amargas circunstancias que les separan y de lo orgulloso que se siente de ser padre por primera vez. Posteriormente, pidieron repetidas veces a mis abuelos que les mandasen la partida de matrimonio porque la necesitaban para conseguir un visado que les permitiría marcharse a América, pero viendo que no se la enviaban, decidieron que mi madre y yo viniésemos a Albacete para poder agilizar los trámites. Lo que ocurrió desde que llegamos no lo sé, lo cierto es que núnca volvimos a salir de aquí, sólo sé porque hay un documento que lo acredita, que desde nuestra llegada a España cuando yo tenía ocho meses, mi madre tenía la obligación de presentarse cada dos dias en el Gobierno Civil; por lo visto, el "delito" que había cometido al casarse con un brigadista, le hacía ser acreedora a que se le considerase como una delincuente.

Jamás he sabido si fué un problema familiar, político o de otra índole, el que impidió el reencuentro de mis padres, sólo sé que las pocas imágenes que de mi madre acúden a mi memoria, son las de una persona siempre triste, que murió cuando yo tenía cinco años.

Releyendo las cartas encontradas una y otra vez, estoy descubriendo muchas cosas que no me gustan, pero ya es demasiado tarde para poderlas cambiar, esto me produce todavía más frustración, por lo que tendré que seguir luchando para hacerle frente y continuar siendo la persona fuerte que todos creen conocer.

Quiero decir que he echado a mi padre de menos durante toda mi vida y a pesar de que he sentido con profundo dolor su ausencia, en todos aquellos momentos en que más sola me he encontrado, parecía que estaba junto a mí.

Mi gran caballo de batalla ha sido siempre el recuerdo de la marginación que sufrí de pequeña por el hecho de ser hija de un brigadista, ni siquiera tenía derecho a ser española, ni tampoco tener la nacionalidad de mi padre, no sé por qué causa, sólo recuerdo que cuando fuí al Instituto para recoger mi título de Bachiller con el fín de matricularme en la Escuela de Magisterio, me dijeron que no me lo podían dar porque era apátrida. Posteriormente se arregló, aúnque no conseguí la nacionalidad hasta muchos años después; pero sí puedo decir que este hecho me marcó para siempre y me prometí a mí misma que yo lucharía también por la Democracia y la Libertad, como luchó mi padre.

Finalmente quiero expresar, que aún hoy al igual que en el transcurso de toda

mi vida, tengo la sensación de tener que estar pidiendo perdón; perdón por haber nacido, perdón por el amor de mis padres, perdón por la muerte de mi madre, perdón por haber sido una "carga" para mi familia, perdón por mi rebeldía siempre justificada y pocas veces entendida, perdón por preguntar sin obtener respuesta, en definitiva perdón por el hecho de vivir en una sociedad en la que existen personas que todavía practican la intolerancia.

Por último diré que considero un honor y un privilegio el ser hija de un brigadista, una persona valiente, idealista, sensible y digna de todo respeto como fué mi padre.